



*EL BUEN VIVIR. SUMAK KAWSAY,
UNA OPORTUNIDAD PARA IMAGINAR OTROS MUNDOS*

ACOSTA, ALBERTO

Icaria, Barcelona, 2013, 190 págs.

En los últimos años, se vienen produciendo interesantes debates alrededor de la concepción y la práctica del desarrollo en el ámbito latinoamericano. Estos nuevos debates teóricos están surgiendo al calor de las diversas experiencias políticas y sociales que atraviesan el subcontinente. Particularmente, el concepto andino de Buen Vivir o Vivir Bien (*Sumak Kawsay*, en Kichwa), como “paradigma” que nos propone repensar el desarrollo, ha sido incorporado en sus nuevas constituciones de Ecuador y Bolivia. En este libro, Alberto Acosta, que a la sazón fungió como Presidente de la Asamblea Constituyente de Ecuador, analiza el contenido y el significado de este concepto y nos invita a iniciar un diálogo sobre sus implicaciones teóricas y prácticas.

Como plantea el autor, el Buen Vivir representa una oportunidad para construir nuevas formas de vida, a partir de la experiencia histórica de unas comunidades indígenas que han vivido en armonía con la Naturaleza. Se trata de una propuesta desde la “periferia de la periferia”, que no debe ser considerada como una simple invitación a retroceder en el tiempo y un reencuentro con un mundo idílico, por lo demás inexistente. El *Sumak Kawsay* se nutre de las prácticas cotidianas, de los aprendizajes y de las diversas formas de producir conocimientos por parte de dichas comunidades, pero va más allá. Se trata de un proceso de reinención cultural a partir de una matriz comunitaria de vida y de una trayectoria de resistencias continuadas al colonialismo occidental, que pretende construirse localmente y ser parte de una iniciativa de cambio civilizatorio a escala global.

Para introducirnos en este debate, Acosta comienza realizando una crítica profunda a las teorías vigentes sobre el desarrollo, incluidas las heterodoxas. De estas últimas, sostiene que no llegaron a cuestionar sustancialmente el concepto de desarrollo, entendido como progreso lineal y siempre expresado en términos de crecimiento económico. Además, considera que estos diversos cuestionamientos no lograron articularse entre sí, languideciendo en el tiempo a la par que las teorías más convencionales retomaban la hegemonía. De forma categórica, piensa que el problema de fondo no son los caminos alternativos al desarrollo sino el concepto en sí, que en cuanto propuesta global y unificadora constituye una negación de lo propio y un desconocimiento de las luchas

de los pueblos contra la depredación y la explotación colonial. De especial interés, resulta observar cómo el autor compagina estas reflexiones teóricas con las vicisitudes del debate constituyente en Ecuador. Así, confiesa que las discusiones fueron tensas en torno a cómo concebir el Buen Vivir, si como una propuesta de “desarrollo alternativo” o como una “alternativa al desarrollo”.

Este debate tiene una enorme transcendencia, también en otras latitudes. En la crisis actual, a pesar de su gravedad estamos observando la incapacidad social para plantear propuestas alternativas que realmente representen un desafío al orden imperante. Para abordar esta paradoja, es importante comprender cómo el capitalismo ha generado un encuadramiento antropológico de nuestras formas de vida, que en su consolidación ha implicado una dificultad creciente para construir una alteridad desde sus entrañas. En este sentido, todos los intentos de proyectar sujetos transformadores desde el propio marco social y técnico de la civilización capitalista han fracasado y seguirán fracasando, pues la potencia performativa de este sistema en términos de lógicas de vida, regladas por la competencia entre los individuos, es enormemente poderosa. Solamente buscando “estrategias de salida” se puede comenzar a pensar en un futuro alternativo. Por ello, la iniciativa que se está poniendo en marcha en los países andinos es tan interesante para el conjunto de la humanidad. Porque el Buen Vivir plantea una cosmovisión diferente a la occidental al surgir desde raíces comunitarias no capitalistas, que pretende construirse como una propuesta civilizatoria que reconfigura un horizonte de salida al capitalismo basada en una convivencia en diversidad y en armonía con la Naturaleza.

De forma decisiva, la profundidad de la propuesta se deja entrever en su intento de superar la división entre naturaleza y cultura, que da sentido constitutivo a la modernidad occidental y justifica su lógica depredadora. A pesar de las polémicas producidas y la incompreensión que la cuestión suscitó en las filas del gobierno ecuatoriano, el reconocimiento constitucional de la Naturaleza como sujeto depositario de derechos representó un paso fundamental en este empeño reunificador. No nos referimos a un intento de “darle la vuelta a la tortilla”, convirtiendo a los Derechos de la Naturaleza en un imposición trascendente sobre la vida de la gente común. Todo lo contrario: el autor es consciente de este peligro, y reflexiona sobre una nueva armonía con la Naturaleza desde una proyección inmanente de la comunidad, que a su vez debe tomar una conciencia mayor sobre la imposibilidad de seguir identificando la riqueza con la acumulación de bienes materiales. A diferencia de cómo se concibe el bienestar en el mundo occidental, “vivir bien” no significaría “vivir mejor” a partir de un consumo ilimitado.

Entonces, el Buen Vivir se presenta como una oportunidad para construir colectivamente nuevas formas de vida. Se propone como un paso cualitativo para disolver el tradicional concepto de progreso en su deriva productivista y del desarrollo en tanto dirección única de la evolución social, con su visión mecanicista del crecimiento económico. Pero no sólo los disuelve, sino que

plantea una visión diferente, mucho más compleja y rica en contenido. La cuestión es cómo pensar las posibles transiciones que nos permitan aproximarnos gradualmente a esta gran transformación. Acosta vuelve este desafío en varias ocasiones a lo largo del texto, reconociendo la ausencia de una “hoja de ruta”, pero señalando a la vez que su ausencia supone una fortaleza, no tanto una debilidad.

En principio, las transiciones vienen marcadas por la necesidad de superar el pasado. Así, cobra una especial relevancia el proceso de descolonización que abarca tanto la concepción estratégica como las prácticas relacionadas con la gestión del desarrollo. En este ámbito, surge la necesidad de cuestionar la “colonialidad del poder”, caminando hacia una nueva idea de Estado que supere la visión del mismo como espacio de dominación política, como actor principal en la estructuración de la sociedad. Nuevamente, los debates constitucionales en Ecuador y especialmente en Bolivia han sido pioneros en este campo, incorporando la plurinacionalidad como una concepción alternativa en la organización de la sociedad. No se trata de un reconocimiento pasivo de la diversidad existente, sino de un deseo explícito de incorporar perspectivas sociales diversas. Por otro lado, esta nueva relación entre el Estado y la sociedad implica la construcción de una nueva institucionalidad policéntrica y horizontal, que reconsidere en esta etapa transicional el rol de las estructurales estatales y comunitarias en la provisión y gestión de los bienes comunitarios.

La parte final del libro está dedicada al problema de la transición desde una perspectiva económica. El desafío es sustancial: transitar hacia un nuevo modelo económico basado en una matriz comunitaria y sustentable. Los obstáculos son considerables: las lógicas de la mercantilización y de la monetización han impregnado la vida de las comunidades indígenas, aunque persisten algunas formas de relación económica propias de las mismas (*minka*, *ranti-ranti*, *makimañachina*, *makipurarina*, *uyanza*, *chukchina*, *uniguilla*, *waki*, *makikuna*, etc.). Por su parte, los gobiernos ecuatoriano y boliviano se alejan de los novedosos planteamientos constitucionales: aduciendo las necesidades de financiación del desarrollo (no tanto del cambio estructural, como de los programas de transferencia condicionada de rentas), los nuevos gobiernos apuestan por ahondar en el extractivismo. Sin embargo, Acosta alerta de lo erróneo de esta estrategia, advirtiendo que terminará perpetuando las estructuras oligárquicas, las desigualdades sociales y las lógicas clientelares y rentistas, además de continuar la depredación ambiental. Posiblemente tenga razón, y sobre todo nadie le puede negar su coherencia personal a este respecto. Como Ministro de Energía y Minas, contribuyó a poner en marcha la Iniciativa Yasuní-ITT, que significó un primer paso en la transición pospetrolera de Ecuador (auspiciado desde la prolongada resistencia al extractivismo de las comunidades amazónicas), y que nos plantea ideas sugerentes sobre cómo integrar las concepciones englobadas en la propuesta del Buen Vivir en el ámbito de la cooperación internacional.

En nuestra opinión, el aspecto decisivo de estas transiciones es cómo lograr una hegemonía (no sólo discursiva, sino apoyada en vectores materiales) de otra lógica económica, de carácter autocentrado y basada en la “autodependencia comunitaria”, bajo formas de relación solidaria, de carácter recíproco y de corresponsabilidad de los individuos entre sí. Las instituciones ancestrales señaladas anteriormente representan un buen punto de partida en este empeño, pues reflejan racionalidades muy profundas y arraigadas en las prácticas cotidianas. Sin embargo, estas racionalidades se subordinan a la lógica de la competencia capitalista cuando las comunidades tienen que relacionarse con otras realidades económicas, cuando tienen que insertarse en el proceso de globalización. ¿Cómo responder a esta dificultad? En nuestra investigación sobre las “transiciones al posindustrialismo”, estamos precisamente empeñados en abordar esta cuestión. Para nosotros, la clave del proceso transicional se encuentra en la capacidad de las comunidades para unir la producción de valor con la producción de los bienes comunes locales, donde podemos incluir los conocimientos, los saberes, los valores y las prácticas que emanan de las formas de interacción social vinculadas con las mencionadas instituciones. En este intento, es importante no ceder a las presiones del mercado en su pretensión de reducir la valorización de los bienes comunes a un mero asunto de cálculo monetario, acotando la gobernanza de dichos bienes en una dimensión estrictamente técnica. A este respecto, la reflexión del autor es interesante cuando sostiene que “es indispensable proteger las condiciones existentes para disponer de los bienes comunes de forma directa, inmediata y sin mediaciones mercantiles”, produciendo y experimentando a la vez “los entornos tecnológicos y jurídicos que incentiven la creatividad y la innovación para producir bienes comunes” (págs. 160-161).

Pero el capitalismo tiene también sus puntos débiles, sus contradicciones en el proceso de valorización se están intensificando de forma acelerada. En realidad, en el capitalismo actual existe una descompensación entre las características de los instrumentos de apropiación del valor y su capacidad para intervenir sobre las fuentes potenciales del mismo, que no resuelve mecánicamente la cuestión en favor de las comunidades, pero que ayuda a pensar materialmente una “estrategia de salida”. De hecho, los bienes comunes representan un recurso poco dócil a la hora de ser integrado en los circuitos tradicionales de producción de valor, lo que abre vías para la implementación de una lógica poscapitalista en espacios comunitarios caracterizados por una eficiencia mayor en la producción y reproducción de dichos bienes. En su proceso gradual de transformación en una “exterioridad” a la lógica de valorización del capital, estas lógicas poscapitalistas deben basarse no sólo en criterios de eficiencia sino, como plantea Acosta, de suficiencia y de solidaridad. No podemos contentarnos con la existencia de una dificultad creciente del capitalismo para aprovecharse de su mayor eficiencia, debemos superar su visión del valor. Si la acompañamos de una nueva percepción del bienestar social, elaborar una nueva concepción del valor no tiene por qué traducirse en una merma en la calidad de vida. Tal vez nos podamos llevar alguna sorpresa,

y encontrarnos con una dinámica de generación de valor a nivel colectivo más fecunda que la articulada en torno a la lógica de la competencia individual en el mercado. Posiblemente, las comunidades de baja intensidad en términos de valorización en este tipo de mercados pueden presentar mejores condiciones para proyectarse como organizaciones de alta intensidad en valor generado a partir de su mayor capacidad de diferenciación productiva y de generación de relaciones sociales. En buena medida, el éxito en este empeño depende del rechazo a los mecanismos neoliberales de gobernanza, basados en lógicas de segmentación y división de los actores comunitarios; y su sustitución por una gobernanza alternativa que refuerce el estatus ontológico de los bienes comunes, de tal forma que las comunidades puedan hacer efectivos sus derechos de apropiación sobre los mismos.

Alfredo Macías
Universidad de León

Pablo Alonso
University of Cambridge